



## Ordo Franciscanus Saecularis Consilium Internationale

Adjunto

Fragmento del Tratado sobre los milagros de San Francisco de Tomás de Celano

### CAPÍTULO VI

#### LA DOÑA JACOBA DE SETTESOLI

860 37. Jacoba de Settesoli, cuya fama en la ciudad de Roma era igual a su santidad, se había ganado el privilegio de un afecto especial por parte del Santo. No me corresponde repetir, en su alabanza, su ilustre linaje, la nobleza de su familia, su vasta riqueza y, finalmente, la maravillosa perfección de sus virtudes, su larga castidad como viuda. Por lo tanto, cuando el Santo estaba enfermo de la dolencia que lo llevaría, después de tanto sufrimiento, a una muerte bendita, al feliz final de su vida, pocos días antes de su muerte, pidió que se notificara a la Doña Jacoba en Roma, para que si deseaba ver a aquel a quien ya había amado tanto en el exilio en la tierra y que ahora estaba cerca de regresar a su patria, se apresurara a venir. Se escribió una carta, se buscó un mensajero muy rápido y, habiéndolo encontrado, se preparó para el viaje. De repente, se oyeron en la puerta el pisoteo de caballos, el estruendo de los soldados y el ruido de una procesión. Uno de los hermanos, el que estaba dando instrucciones al mensajero, se acercó a la puerta y se encontró en presencia de aquel a quien buscaba a lo lejos.

Asombrado, se acercó rápidamente al santo y, lleno de alegría, le dijo: «Padre, le traigo buenas noticias». El santo, anticipándose a él, respondió: «¡Bendito sea Dios, que nos ha traído a la Jacoba, nuestro hermano! ¡Abran las puertas!», exclamó, «¡y déjenla entrar, porque el decreto sobre las mujeres no se aplica al hermano Jacoba».

38. Hubo gran regocijo entre los ilustres invitados, y lágrimas de alegría y emoción. Además, para asegurar que no faltara nada para el milagro, se descubrió que la santa mujer había traído todo lo necesario para el funeral, tal como se indicaba en la carta anterior. En efecto, había traído un paño color ceniza para cubrir el cuerpo del moribundo, varias velas, un sudario para su rostro, una almohada para su cabeza y un plato que el santo había deseado; en resumen, todo lo que el alma de este hombre había pedido, Dios se lo había sugerido.

**861** Continuaré la historia de esta peregrinación —pues así fue en verdad— para no dejar a la noble peregrina sin consuelo. La multitud, y especialmente los devotos de la ciudad, esperaban el inminente paso del Santo de la muerte a la vida. Pero cuando llegó la peregrina romana, el Santo se había recuperado un poco, y se creía que seguiría viviendo. Por lo tanto, la señora decidió despedir al resto del grupo, para quedarse sola con sus hijos y algunos escuderos. Sin embargo, el Santo le dijo: «No lo hagas, pues yo partiré el sábado, y tú irás el domingo con todos». Y así sucedió: a la hora profetizada, él que había luchado valientemente en la Iglesia militante entró en la Iglesia triunfante. Dejo de lado aquí la multitud, los coros que cantaban, el solemne tañido de las campanas, las copiosas lágrimas; dejo de lado el llanto de los hijos, los sollozos de los amigos, los suspiros de los compañeros. Me limitaré a narrar cómo la peregrina, privada del consuelo del Padre, fue consolada.

**862** 39. Por lo tanto, ella, empapada en lágrimas, es llevada aparte y acompañada secretamente hasta el cuerpo, y, colocando el cuerpo de su amigo en sus brazos, el vicario exclama: «¡Mira, tienes en tus brazos, en la muerte, al que amaste en vida!». Y ella, derramando lágrimas ardientes sobre ese cuerpo, redobla sus débiles gritos y sollozos, y repitiendo afectuosos abrazos y besos, levanta el velo para verlo abiertamente. ¿Qué más? Contempla aquella preciosa vasija, en el que se había escondido un tesoro aún más precioso, adornado con cinco perlas. Admira aquellas marcas, dignas de la admiración del mundo entero, que la mano del Todopoderoso había esculpido, y así, de

repente, llena de una alegría inusual, revive por completo al ver a su amigo muerto. Inmediatamente sugiere que semejante milagro inaudito no debe ocultarse ni mantenerse en secreto por más tiempo, sino que, con muy sabia resolución, debe exhibirse para que todos lo vean. Entonces todos corrieron a ver aquel espectáculo, y vieron que Dios nunca había hecho cosas tan grandes por ninguna otra nación, y todos quedaron llenos de asombro.

Aquí hago una pausa, pues no quiero balbucear lo que no puedo describir. Juan el Pennates de Frigia, entonces niño, más tarde procónsul de Roma y conde del Sacro Palacio, afirma libremente con sus propios ojos y manos lo que él, junto con su madre, vio y tocó, y lo confiesa sin lugar a dudas. Que la peregrina regrese ahora a su ciudad, consolada por el privilegio de tal gracia, y nosotros, tras relatar la muerte del santo, pasemos a otro tema.